

para que esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera.

ANDRES NIPORESAS.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

En prensa tenía yo mi imaginación no há muchas mañanas (1) buscando un tema nuevo sobre qué dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedía conversación, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto, que sabe leer, aunque no en todos los li-

(1) Carnaval del año 1832.

bros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga y aún la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata: á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal, que por la menor bagatela, sobre si lo miraron sobre si no lo miraron, pone una estoca-

da en el corazón de su mejor amigo, con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital, de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera había de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquín esta fragilidad y aún suele prevaleerse de ella.

Las ocho serian y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. —¿Mi sobrino? Pues debe ser la una.—No señor, son las ocho no más.—Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana.—Joaquín, tú á estas horas.—Querido tío, buenos días.—¿Vas de viaje?—No, señor.—¿Qué madrugon es este?—¿Yo madrugar, tío? Todavía no me he acostado.—¡Ah, ya decía yo!—Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora

ha durado el baile; Francisco se ha ido á esta con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme.—¿Seis no más?—No más.—No se me hacen muchos.—Tenía que engañar á seis personas.—¿Engañar? Mal hecho.—Querido tío, V. es muy antiguo.—Gracias, sobrino, adelante.—Tío mío, tengo que pedirle á V. un gran favor.—¿Seré yo la séptima persona?—Querido tío, ya me he quitado la máscara.—Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gabela.—En el día no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió V. dias pasados?—Sí, que te habia costado 5.000 reales.—No era mia.—¡Ah!—El marqués de*** acaba de llegar de París, quería mandarla limpiar, y no conociendo á ningun relojero en Madrid le prometí enviársela al mío.—Sigue.—Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenía yo aquel día un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche; es demasiado conocido...—Adelante.—Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazón me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, ademas, que andan las ocasiones por las

nubes...—Sigue.—Empeñé la repeticion de mi amigo.—¡Por tu honor!—Cierto.—¡Bien entendido! ¿Y ahora?—Hoy como con el Marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y...—Ya entiendo.—Ya ve usted, tío... esto pudiera producir un lance muy desagradable.—¿Cuánto es?—Cien duros.—¿Nada más? No se me hace mucho.

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos.—Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion.—*Quand il vous plaira*, querido tío.

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luégo que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres.—Tío, aquí será preciso esperar.—¿A quién?—Al hombre que sabe la casa.—¿No la sabes tú?—No señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos.—¿Y se les confían repeticiones de 5.000 reales?—Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está.—Este es el honrado corredor, y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una

cara como la debe de tener el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara que efectos de encuentros desgraciados; mirar vizeo, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruín sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; uñas de escribano, y una pierna de dos que tenía, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía á éste de carga, y era de él sustentada, por donde del tal corredor se podía decir exactamente aquello de que *Tripas llevan piés*; metal de voz, además, que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador.— ¿Está eso, señorito?—Está; tío, déselo usted.—Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.—Caballero, no hay cuidado.—No lo habrá ciertamente; porque no lo daré. Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de la-

mentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie; pero me mantuve firme y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *Cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquétillo, y mostrándomelo secretamente:—Caballero, me dijo al oído, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras por si V. gusta.—Gracias, honrado corredor. Llegamos por fin á fuerza de apisonar con los piés calles y encrucijadas á una casa y á un cuarto 4.^o, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenían á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan várias partes allí se habían venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diría dentro de sus límites ocurridas? ¿Qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿Qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¿Qué diálogo pudiera trabar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira!

Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharán con aquel comercio; avergonzaronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada de éstas que llevan en sí una larga reconvenccion sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus ministerios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero: yo imaginé que aquel debia de ser lugar más á propósito todavía para aventuras que el mismo puer-to Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púsemé á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y di á mi observacion libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta, y un joven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar y he seguido tus huellas. Ya

estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.—Ya le he dicho á V. que por ropas es imposible.—¡Un frac nuevo! ¡Una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de 16 duros que necesito?—Mire V., aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como V.; nadie parece á sacarlas y nadie da por ellas el valor que se prestó.—Mi ropa vale más de 50 duros: te juro que ántes de ocho dias vuelvo por ella.

—Eso mismo decia el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la...—Pepe, te daré lo que quieras; mira, estoy comprometido; ¡no me queda más recurso que tirarme un tiro! Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por 16 duros un jóven de tan buen aspecto. Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia... iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: ¡Mal hecho!—Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W.*** y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar ademas un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar... Al oír esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera ménos poseido ya de mi ardiente caridad.—¡Es posible!

Traiga V. una alhaja.—Ni una me queda, tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena... ¡Diez y seis duros!—Mira, con ocho me contento.—Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho.—Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis y te daré ahora mismo uno de gratificación...—Ya sabe V. que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac? Respiró el joven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que había hecho.—Dentro de tres días vuelvo por ello. Adios. Hasta pasado mañana.—Hasta el año que viene.—Y fuese cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oídos las pisadas y *le frioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.***, y en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitación.—¡D. Fernando!—A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales.—¡Señora!—¿Me ha enviado usted esta esquila?—Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á V.... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos que tiene V. ahí...—¿Pero no sabe V. que tengo repartidos los billetes para el baile de esta

noche? Es preciso darle ó me muero del sofoco...—Yo, señora...—Necesito indispensablemente 4.000 reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis braceletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de función; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no les pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más mientras no le satisfaga.—Si yo fuera solo...—¿Reñiremos? ¿No sabe V. que esta noche el juego solo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere V. más billetes? No me han dejado más que seis. Envíe V. á casa por los efectos que he dicho.—Yo conozco..... por mí..... pero aquí pueden oírnos; entre V. en ese gabinete. Entráronse, y se cerró la puerta tras de ellos.

Seguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar, dejó un reloj, tomó diez, firmó quince, y se despidió diciendo: «Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algun empleado vino á tomar su mesada adelantada

sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y sólo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia más de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habianse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagáran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande Príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo ménos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo, bien haya la vanidad!

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora; habiase secado el manantial de sus lágrimas.

— Adios, y no falte V. á la noche, dijo misteriosamente una voz penetrante y agi-

tada.—Descuide V.; dentro de media hora enviaré á Pepe, respondió una voz ronca y mal segura.—Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.**Z. Sonreime, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y asistí al baile. Los músicos tocaron: las luces ardieron. ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entónces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retíreme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interes con que por la mañana me dirigia la palabra. Un *adios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio como loco

mi sobrino. No era mucho, decía yo, que un jóven los pidiera; ¡pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imagi-
naciones, que tan triste idea dan de la hu-
manidad, abrí un libro de poesía, y acer-
tó á ser en aquel punto en que dice Barto-
lomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro, no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Éste era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo; es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leia la vida del santo, se oia misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el Domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entónces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni ménos aquellas novelas que,